



“Por eso, porque España cumplió sus destinos universales cuando estuvieron juntos todos sus pueblos, porque España fue nación hacia fuera, que es como de veras se es nación, cuando los almirantes vascos recorrían los mares del mundo en las naves de Castilla, cuando los catalanes admirables conquistaban el mediterráneo unidos en naves de Aragón, porque nosotros entendemos eso así, queremos que todos los pueblos de España sientan, no ya el patriotismo elemental con que nos tira la tierra, sino el patriotismo de la misión, el patriotismo de lo transcendental, el patriotismo de la gran España”

Gaceta de la Fundación José Antonio Primo de Rivera

nº 362 (2ª Época). Noviembre 2022

1. **En Rusia también se lee a José Antonio.** José María García de Tuñón Aza
2. **En busca de la poesía que promete.** Manuel Parra Celaya
3. **Las otras familias de José Antonio.** Carlos León Roch
4. **José Antonio, un “outsider”.** David Guillem-Tatay
5. **Un socialista escribe sobre Primo de Rivera.** Pedro Corral
6. **El cuarto viaje de José Antonio.** Javier Compás
7. **Archivos familiares.** Antonio Brea
8. **No hay memoria histórica para José Antonio.** Javier Castro-Villacañas
9. **La exhumación de José Antonio y sus responsables.** Luis Felipe Utrera-Molina
10. **José Antonio: el “fervoroso afán de España”.** Fernando García de Cortazar

Hace poco tiempo me encontré con unos amigos, que les interesaba mucho la figura de José Antonio Primo de Rivera. Hablando del fundador de Falange hubo un momento que cité la publicación del libro editado en Rusia, y cuál no sería mi sorpresa cuando me dicen que desconocían este libro y que nunca habían oído hablar de él. Por esta razón y porque me consta que muchos de nuestros lectores tampoco lo conocen, he decidido escribir algo sobre el mismo.

Me enteré de su existencia cuando un día estaba ojeando la tesis doctoral, que se puede ver en internet, escrita en alemán, de Frank Peter Geinitz, de la Universidad Ludwig Maximilian, de Munich, titulada *Die Falange Española und ihr Gründer José Antonio Primo de Rivera (1903-1936)*, y que, si no recuerdo mal, quiso traducir al español la editora Plataforma 2003, pero al final todo quedó en proyecto.

También, en ese momento, tenía un ejemplar en mis manos, veía el libro que cita varias veces al fundador de Falange, editado por Duke University Press de los Estados Unidos. Su autor es Brian D. Bunk, y su título *Ghosts of Passion*.

Ese día, como recordaba, fue cuando tuve la noticia –al parecer ya divulgada en otros medios–, de que en Moscú se había publicado un libro con el título –traducido al español– *Las flechas de la Falange*, con prólogo de Pavel Tulayev, quien, al mismo tiempo, fue el autor de la selección de textos del fundador de Falange, y en cuya portada vemos a José Antonio Primo de Rivera y el yugo y las flechas. La obra fue presentada en la capital de Rusia en dos días sucesivos.

La primera de ellas tuvo lugar en el Parlamento (la Duma) que concedió el oportuno permiso para que el libro fuera dado a conocer en una de sus salas de conferencias. La exposición corrió a cargo del profesor e historiador español, José



Luis Jerez Riesco, autor de otro de los prólogos del libro de 364 páginas. Dijo que para entender a José Antonio había que buscarlo en sus fuentes directas, en sus textos, en sus testimonios, en su actitud completa, humana y profunda, sin adulteraciones, lisa y llanamente; aproximarse a él sin prejuicios y sin eufemismos. En la citada presentación intervinieron también, intelectuales y políticos rusos como Igor Dyakov, Igor Lavrinenko, Vladimir Avdeev, Alexander Pezke, Alexander Rudakov, entre otros.

La segunda presentación tuvo lugar en la Academia de la Civilización Rusa donde, según las crónicas, estuvo presente Oleg Platonov, presidente de la misma.



Para Jerez Riesco, José Antonio fue un hombre inteligente y emprendedor y referente de varias generaciones de españoles. Para Jerez, su alma de poeta, casi religiosa, fue lo que pretendió inocular en el misticismo de su movimiento político afirmando, de manera rotunda y solemne, desde de sus primeras intervenciones públicas, que Falange no era una mera forma de pensar, sino una manera de ser porque José Antonio, decía él: *«A los pueblos no lo han movido nunca más que los poetas, y ¡ay del que no sepa levantar, frente a la poesía que destruye, la poesía que promete!»*.

Se refirió también Jerez a España como «unidad de destino en la universal», como empresa colectiva de todos los españoles, sin excepción, unidos por un pasado común consolidado. José Antonio, no concebía entonces, dijo Jerez, una España mutilada, escindida ni fraccionada. A la unidad de sus hombres correspondía, como era lógico, la unidad de sus tierras, esa tierra de sus mayores y la de sus hijos, pasado y futuro indisoluble. Se refirió, por último, a la justicia social, como una exigencia de la Falange.

correspondía, como era lógico, la unidad de sus tierras, esa tierra de sus mayores y la de sus hijos, pasado y futuro indisoluble. Se refirió, por último, a la justicia social, como una exigencia de la Falange.

Tanto Jerez Riesco como el también prologuista y responsable de la selección de textos Pavel Tulayev, celebraron al término de sus intervenciones un animado debate que hizo la delicia de todos los presentes y que conocieron a un hombre donde hoy en España se trata de que su nombre sea borrado de los anales de la historia gracias a la derecha apocada y a la izquierda siempre revanchista.

Recordemos, una vez más, y para terminar, las palabras de la escritora Rosa Chacel cuando, desde su exilio en Argentina, se refiere a dos cosas increíbles para ella. Una cuando después de leer de un golpe, y quedar maravillada, las Obras Completas del fundador de Falange se sorprende que España y el mundo hayan logrado, a José Antonio, ocultarlo tan bien.

Y así es: no solamente se le oculta que si tiene ocasión de que su nombre vea, alguna vez, la luz es para decir de él que era un fascista. Es la única palabra que toda una serie de indocumentados, saben decir; pero nunca podrán hacerle desaparecer de nuestra historia.

Sinopsis redactada por la editorial rusa

СТРЕЛЫ ФАЛАНГИ - "ХОСЕ АНТОНИО ПРИМО ДЕ РИВЕРА"

Las obras del destacado patriota revolucionario español José Antonio Primo de Rivera (1903-1936) se publican en ruso por primera vez. La colección, bajo el nombre simbólico "Flechas de la falange", contiene sus artículos, documentos y discursos públicos seleccionados. Muestran la ideología nacional-sindicalista y el partido de los falangistas de España en la primera mitad del siglo XX.

Como apéndice, el libro incluye el prefacio de los especialistas de H. L. Jerez y Riesco y A. del Rio Cisneros, comentarios del escritor y compilador español P. V. "El camino histórico de la falange" de Tulaev, así como un esbozo polémico de un veterano del movimiento de liberación nacional ruso, traductor del libro de A. M. Ivanov "¿Era José Antonio un fascista?".

La publicación ofrece una oportunidad para que nuestros compatriotas se familiaricen con el legado de una persona legendaria, injustamente calumniada o callada.

2

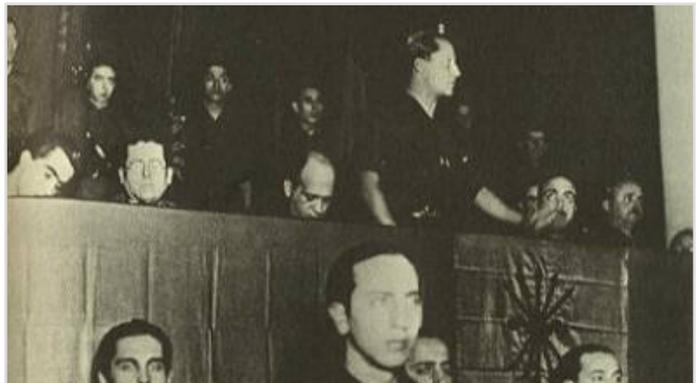
En busca de la poesía que promete

Manuel Parra Celaya

Reconozcamos que la circunstancia actual es poco propicia a la poesía. Y lo afirmo tomando el término en sus dos significados: el que ofrece su etimología griega, creación, y el que a la alude a la belleza ("Manifestación de belleza por medio de la

palabra”, dice la Madre Academia). Y no echemos la culpa a la tecnología, pues ya aquellos poetas futuristas del siglo pasado querían ver rasgos de belleza en la máquina y se atrevían a comparar un bólido de carreras con la Victoria de Samotracia.

La Belleza suele estar muy emparentada con el Bien y la Verdad, y no tenemos más remedio que admitir que ninguno de los tres conceptos goza de buena salud en nuestros días. La Verdad queda en tela de juicio en un marco presidido por el relativismo, en el que todo depende de las libérrimas decisiones de voluntad, sea mediante su caprichosa expresión individual, sea mediante el sufragio en lo colectivo; y eso cuando no interfieren la tremenda dictadura de la corrección política o de las fake news.



Lo que se considera como Bien, ya se sabe, queda en manos de los planificadores de la Globalización, y dicen por ahí que nos espera un mundo en el que no poseeremos nada, pero seremos plenamente felices con lo que nos deparará el Orden Nuevo que nos están diseñando. Sobre todo, la consideración de Dios como Bien Supremo ha quedado bajo sospecha, por lo menos, y reducido al último reducto de nuestra conciencia personal, aunque, de momento, no se ponga a votación su existencia, como hizo en tiempos el Ateneo republicano de Madrid.

Por lo tanto, qué podremos decir de la Belleza, esa que buscaba la poesía. Nuestra época premia y promociona el feísmo, privilegiando lo grotesco, lo deforme y lo claramente repugnante, y silenciando o menospreciando con burlas lo grandioso y lo sublime, aunque en ocasiones tolere lo simplemente bonito, reducido a lo aparente y externo. Poco tendrá que decir, pues, la poesía -en su sentido estético y académico-, si no es que, en clara contradicción de su sentido, aludamos a la poesía que destruye, la de la mentira y en engaño, la de la demagogia o la que invita a la aberración más manifiesta, presentándola como gozoso descubrimiento de liberación individual.

¿A qué viene esta extraña disquisición sobre poesía, verdad, belleza y bien, se preguntará a estas alturas el lector? Seguramente a que me he dejado llevar por la fecha del 29 de octubre, próxima a la publicación de estas líneas; fue en ese día cuando un joven abogado llamado José Antonio Primo de Rivera quiso presentar -

¡hace casi 90 años!- un nuevo planteamiento de afirmación española en un teatro madrileño; su pieza oratoria era un alegato a favor de la poesía que promete, con lo cual, conscientemente, unía los dos sentidos mencionados del término: el de Belleza, unida a la Verdad y al Bien -a los que llamó “categorías permanentes de razón”- y el de Creación, por más que a esto último se lo llevara la trampa de la historia.

Si alguno, a estas alturas, se toma la molestia de buscar en Internet y leer aquel discurso de un 29 de octubre, encontrará en él un claro esquema dialéctico: crítica del Liberalismo, tanto en su vertiente política como económica; crítica de un Socialismo inficionado por el materialismo marxista, y propuesta de una alternativa distinta a las dos anteriores. ¿Qué habría podido decir hoy en un contexto tan diferente? Pensemos en la transformación del primero en un Neoliberalismo, tan relativista en lo ideológico como el original y mucho más potente en lo económico, con la supeditación del trabajo y de la producción al capitalismo financiero global, y la supervivencia del segundo -tras un fracaso estrepitoso a finales del siglo XX- en un marxismo cultural, abocado a negar éticas y antropologías, feroz adversario de la naturaleza humana, a la que el joven abogado se empeñaba en señalar dotada, de forma inalienable, de dignidad, libertad e integridad, en su doble dimensión de alma y cuerpo.

Acaso nos pueda sonar, en la lectura del discurso, aquella queja de “la pérdida de la unidad espiritual de los pueblos” o del rechazo rotundo a que “se canten derechos individuales de los que no pueden cumplirse nunca en casa de los famélicos”, ahora que los índices de precariedad y de pobreza alcanzan a tantos hogares españoles; o lo del claro deseo de que “España recobre resueltamente el sentido universal de su cultura y de su historia”, cuando ambas son mediatizadas y tergiversadas con el fin de alienar a nuestros descendientes y controlar así el futuro.

Por lo tanto, aconsejo al lector de este discurso (y de otros textos posteriores del mismo autor, aún más importantes) que lo haga con perspectiva de actualidad y con clara facultad de adivinación, más que como recreo de un pasado cerrado; o, como dice el catedrático Luis Buceta Facorro, descubriendo “las intuiciones joseantonianas de larga onda histórica”, más que ateniéndose a la letra y al contexto de la época en que fue pronunciado.

El joven abogado que quiso lanzar la poesía que promete frente a la que destruye fue asesinado, más que por político, por poeta (no versificador, claro), pues

tal era su condición verdadera; ahora, sus restos tampoco podrán descansar en paz, por supuesto, movidos una vez más por la memoria democrático.

Como dijo José Agustín Goytisolo al defender al oficio de poeta, “la materia del canto / nos la ha ofrecido el pueblo / con su voz. Devolvamos / las palabras reunidas / a su auténtico dueño”. Es decir, a ese pueblo español que, sometido a las veleidades de una mala gobernanza y a las ocurrencias de la poesía que destruye, está tan carente de pan, cultura, justicia y patria.

3

Las otras familias de José Antonio

Carlos León Roch

Sí, todos sabemos que los restos mortales son de la familia del finado, y *también* todos conocemos el propósito de la familia de José Antonio de realizar ellos la exhumación y el traslado “a lugar católico y sagrado”, en cumplimiento de su última voluntad, expresada en su estremecedor testamento.

Esos propósitos y esas declaraciones, provienen de la familia de sangre de José Antonio. Todos los joseantonianos suscribimos sus declaraciones “*de la quilla a perilla*”. Tienen todo el derecho y el deber de reclamarlo.

Además de la prioritaria familia biológica somos miles ¿millones? los *amigos* de José Antonio: los joseantonianos. Y ya se sabe que un amigo es “un *hermano que se elige*”. Y muchos de nosotros lo elegimos a él, al amigo, al poeta, al “doncel”, al que llenó de ilusiones y esperanzas a tantas generaciones, en su generosidad y entrega. También somos de la familia. También tenemos derecho a ser escuchados.



Los que partiendo de Alicante, lo llevaron a hombros hasta El Escorial, y sus descendientes; y los que se descubrían a su paso. Y los que volvieron a llevarlo al Valle. Y las camaradas que rezaban el rosario para todos. Y los cientos de estudiantes de las Falanges Universitarias que hicieron -hicimos- guardia ante su escueta lápida “*como corresponde...*”, ateridos al alba del 20N con las camisas azules, remangadas, y las rodillas temblorosas. Y así, año tras año, decenio tras decenio...

Ante la inevitable- y controvertida- exhumación, algunos, ilusamente, propusimos devolverlo a su tumba original, a Alicante, del mismo modo que fue a Madrid. Pero ¿dónde encontramos ahora esos miles de hombros generosos..?

“Deseo ser enterrado conforme al rito de la religión Católica, Apostólica, Romana, que profeso, en tierra bendita y bajo el amparo de la Santa Cruz”

Esa cláusula primera de su testamento será-sin duda- escrupulosamente cumplimentada por la familia de sangre, y religiosamente respetada por nosotros, las otras familias.

Tal vez, el modesto panteón que acoge los restos mortales de Pilar, su fiel hermana, reúna todas las condiciones reclamadas en el testamento...y también las aspiraciones de miles (¿millones?) de nosotros, de que el sepulcro esté al alcance de todas nuestras plegarias, de todas nuestras súplicas.

4

José Antonio, un “outsider”

David Guillem-Tatay

No es sino habitual en nuestras investigaciones indagar qué diría hoy José Antonio. En suma, acometer, más que tantear, una actualización de su pensamiento. Y, ciertamente, se consigue con, en mi opinión, más éxito que fracaso. Al menos en sus puntos más constitutivos.

Ahora bien, cuando tratamos de buscar qué partido político haría las veces de parangón, es decir, cuando tratamos de adaptar esos elementos constitutivos a las ideas de los partidos que hoy están vivos (si es que hay algún partido del que se pueda decir cabalmente que hoy está vivo), la empresa se hace progresivamente más complicada.

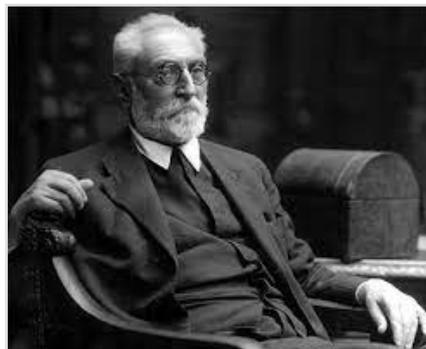
El caso es que lo sabemos. Pero como hay que acudir a las urnas más o menos una vez cada cuatro años, es inevitable hacer esa comparativa. Y resulta que nos sale mal. Que, *de profundis*, no acabamos de encontrar ese paralelismo.

Parece que las palabras que José Antonio pronunciara el 29 de octubre de 1933 en el Teatro de la Comedia de Madrid están todavía vigentes: “Por ahora, votad a lo menos malo”. Pero ese “por ahora” deviene inexorablemente en eterno. De alguna manera no dejaba de tener razón, toda vez que si hay algo eterno aquí es el “ahora”.

Repensando, pues, las razones de ese posible imposible, he acabado concluyendo que se dirigen hacia la siguiente dirección:

- 1) La Falange no era un partido, sino un Movimiento. Esto, de entrada, dificulta la similitud.
- 2) José Antonio murió muy joven. Sus ideas, por tanto, se encontraban en plena evolución.
- 3) La dictadura de Franco hizo una interpretación torticera y a su medida. Hoy hay varias visiones sobre el pensamiento de José Antonio.
- 4) Ahora bien, últimamente estoy reflexionando sobre la expresión “ni de derechas ni de izquierdas”. Y es en esa afirmación donde me gustaría pararme a analizar.

Esa famosa expresión es citada hoy por muchos políticos como si fuera una novedad, cuando lo cierto y verdad es que quien primero la dijo fue José Antonio. En un primer acercamiento, como así lo hacía Fernando Márquez, plausible sería interpretar esa frase con el significado de “centro”. No le faltaría razón: si no es de izquierdas ni tampoco de derechas, es de centro. En este sentido, la evolución lógica sería José Antonio – Dionisio Ridruejo – Adolfo Suárez. De hecho, así lo he pensado personalmente durante mucho tiempo.



Sin embargo, últimamente sostengo la opinión que ya he aventurado en alguna medida. Opinión que tiene que ver con el citado sustantivo “novedad”, por un lado; y con su faceta de intelectual, por otro.

El pensamiento de José Antonio era muy bueno (obviamente, si no, no seríamos joseantonianos), pero sobre todo era muy nuevo. Y esa novedad, unida a encontrarse en plena evolución epistemológica, es la que gesta la dificultad de la búsqueda de la semejanza política.

Añádase a ello, como digo, que José Antonio, antes que político, era un intelectual. Estudió y profundizó una cultura española que era inusualmente rica en su momento: Generación del 98, Krausismo, Generación del 14, Generación del 27. Nada menos. Sus influencias, por tanto, son varias, y a veces heterogéneas, de ahí el necesario sincretismo a la hora de intentar llevar toda esa cultura intelectual a la práctica política. Precisamente, en esa racionalidad armónica reside su novedad.

Del estudio, pues, vienen sus influencias. Una de ellas, posiblemente, quizá (lo enfatizo porque no se ha investigado lo suficiente), fuera Salvador de Madariaga,

quien dijo: “Ni izquierda ni derecha. Yo soy un trabajador intelectual, veo lo uno y lo otro. Para eso tengo dos ojos. El izquierdista es un tuerto del ojo derecho; el derechista lo es del izquierdo. Afortunadamente ambos mis ojos ven bien”. La similitud con la frase de José Antonio, que no reproduzco porque es bien conocida, es asaz manifiesta. Lo único es que Madariaga la dijo en 1971, con lo que quizá la influencia fuera a la inversa.

Ahora bien, precisamente por la novedad y por lo intelectual, entiendo que hay más semejanza con la frase que en su día dijera Don Miguel de Unamuno, cuyo peso en el pensamiento de José Antonio es mucho mayor de lo que pudiera pensarse: “No soy fascista ni bolchevique, soy un solitario”.

Y ahí es donde me cuadra José Antonio: no se le puede encasillar. Por la novedad. Por la creatividad. Por ser un buscador intelectual que no se contenta ni con lo que ve ni con lo que hay. Porque siempre adoptó la actitud de explorar más allá, para hallar algo nuevo y distinto.

José Antonio era un auténtico “outsider”. Y esto es lo que fascina.

5

Un socialista escribe sobre Primo de Rivera

Pedro Corral para OK Diario

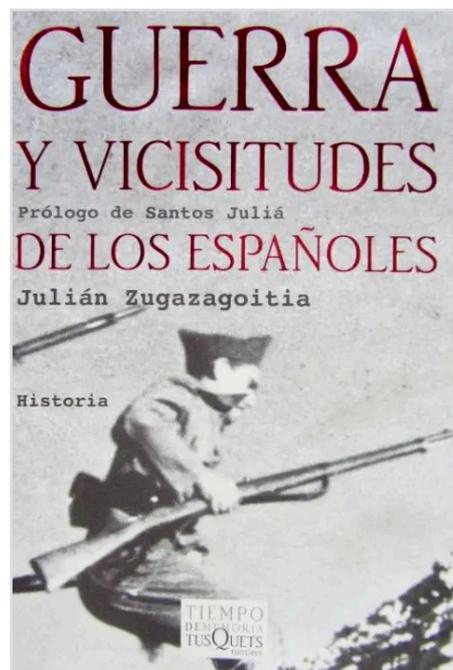
“Su conducta en la prisión era liberal, cariñosa. En las horas de encierro tejía sueños de paz: esbozaba un gobierno de concordia nacional y redactaba el esquema de su política. Temía una victoria de militares. Eso era, para él, el pasado. Lo viejo. La España del siglo XIX prolongándose, viciosamente, en el XX. Él había ido a injertar su doctrina, confusa, en las universidades y en las tierras agrícolas de la vieja Castilla. Su seminario estaba constituido por discípulos de aulas y laboratorios, y por jóvenes de la gleba. Su escepticismo por las armas, que le atraían por otra parte, debía tener antecedentes familiares. El respeto y la devoción por su padre no excluían en él la crítica de los errores en que incurrió. Él, capitán de hombres jóvenes, proyectaba cosa distinta. De momento, para salir de la guerra, un gobierno de carácter nacional...”

Quien así escribió sobre José Antonio Primo de Rivera, fundador de Falange Española (FE), fusilado con 33 años en la cárcel de Alicante al amanecer del 20 de noviembre de 1936, fue Julián Zugazagoitia Mendieta, destacado dirigente del PSOE, director del órgano del partido, “El Socialista”, diputado en Cortes y ministro de Gobernación en el gabinete del también socialista Juan Negrín durante la Guerra Civil.

La cita pertenece a su imprescindible “Guerra y vicisitudes de los españoles”, escrito en su exilio en París inmediatamente después de la contienda y publicado en Francia y Argentina. En su libro, Zugazagoitia llega a reproducir el testamento de Primo de Rivera, con su célebre frase: “Ojalá fuera la mía la última sangre española que se vertiera en discordias civiles”.

“Es un documento sobrio y sereno, que no carece de sincera emoción. Aquella que le da el trance en que ha sido escrito”, dice Zugazagoitia, quien reconoce que el testamento llegó a manos del ministro socialista Indalecio Prieto. Sobre el proyectado gobierno de concordia nacional que imaginó José Antonio en la cárcel de Alicante, solo apunta a que figuraba el propio Prieto como ministro de Obras Públicas.

El dirigente socialista dedica en su libro varias páginas a los momentos finales del fundador de Falange, con precisión no exenta de emoción. “Cuando le llega su hora, su templanza es perfecta”, escribe. También cuenta cómo interpela a los miembros del pelotón de ejecución: “¿Verdad que vosotros no queréis que yo muera?”, ante lo cual éstos cruzan entre sí sus miradas en silencio.



“¿Por qué se ejecutó a Primo de Rivera? Nunca supo nadie contestarme satisfactoriamente”, confiesa Zugazagoitia, quien menciona la división en el gobierno del socialista Francisco Largo Caballero a la hora de aprobar la ejecución de la máxima pena. El propio Prieto llamará “animal” a Largo Caballero por haber concedido el “enterado”, según contaría en sus memorias el que fuera segundo de FE, Raimundo Fernández-Cuesta, también encarcelado, a propósito de un encuentro que tuvo con Prieto antes de ser canjeado a mediados de 1937. Zugazagoitia admitiría que él mismo defendió el canje de Fernández-Cuesta en el consejo de ministros y que supo después por Negrín y Prieto que éste trataba de abrir negociaciones de paz con el dirigente falangista para poner fin a la guerra fratricida. El propio Negrín frustró el intento, según el periodista bilbaíno.

Zugazagoitia, que aseguraba desconocer los detalles del proceso contra Primo de Rivera, hizo en su libro de memorias una valoración desapasionada del mismo: “Presumo, sin embargo, que la sentencia fue excesiva, ya que el delito de que debía responder Primo de Rivera se había producido con anterioridad a la insurrección de

los militares. Se le condenó, no por lo que había hecho, sino más bien por lo que se supone que hubiese hecho de encontrarse en libertad...”.

“El único beneficiado con su ejecución fue Franco que, con juicio de Dios o de los hombres, se iba quedando sin competidores”, sentencia el periodista bilbaíno, partidario de canjear al fundador de FE por el hijo de Largo Caballero, hecho prisionero mientras hacía la “mili” en el regimiento de transmisiones de El Pardo, pasado casi al completo a los sublevados por la sierra madrileña.

86 años después de su fusilamiento -cuando un gobierno socialista se aprestaba a utilizar de nuevo propagandísticamente, como hizo Franco, los restos de Primo de Rivera, intento frustrado por la familia-, las palabras de Julián Zugazagoitia sobre su adversario se alzan como un himno de humanidad por encima de odios pasados, actuales o futuros.

En otro mes de noviembre frío y sin alma, cuatro años después de la ejecución de Primo de Rivera, Zugazagoitia se enfrentaría con 41 años a otro pelotón de fusilamiento, el de los vencedores, en el madrileño cementerio de la Almudena, después de haber sido detenido en Francia por la Gestapo y entregado a las autoridades franquistas.

No conocemos las últimas palabras de Zugazagoitia ante el piquete, pero sí las que pronunció en su postrer alegato ante el consejo de guerra que lo condenaría a muerte, en un momento lleno también de templanza: «Recogiendo las frases de Pascal en que decía que había que saber mirar al sol y había que saber mirar a la muerte, yo prefiero mirar al sol».

Ojalá que algún día algunos comiencen por fin a mirar a todas las muertes de la Guerra Civil, las causadas por uno y otro bando, para aprender la noble lección de Zugazagoitia.

6

El cuarto viaje de José Antonio

Javier Compás para Diario de Sevilla

Para comprender la convulsa historia de la España de los años treinta del pasado siglo, hay que hacerlo con desapasionamiento y mirando objetivamente los hechos y las circunstancias políticas, sociales y culturales de la época. La irrupción de las doctrinas totalitarias donde el corporativismo de Estado era la consigna, llegó a su máximo auge en la primera mitad de ese siglo, con la consolidación del comunismo

soviético y sus ramificaciones internacionales y con la llegada al poder del Fascismo en Italia, se cumplen ahora 100 años de la Marcha sobre Roma, y sus versiones en otros países, como sería la Alemania nacional-socialista. Movimientos que pretendían sustituir, cada uno a su manera, aunque ambos coincidían en la legitimación de la violencia para conseguirlo, al que consideraban caduco e injusto sistema capitalista de las viejas democracias liberales.

El vanguardista Ernesto Giménez Caballero, introductor de las ideas fascistas en España, impresor, editor, cinéfilo pionero y aglutinador en su revista *La Gaceta Literaria*, de destacados literatos, tanto de la Generación del 98 como de la del 14 y del 27, nos relata como en su taller de la calle Canarias de Madrid, uno de los primeros en levantar el brazo con el saludo a la romana fue el poeta gaditano, Rafael Alberti.



Tiempos de oscilaciones ideológicas, de convivencia cultural de unos personajes que coincidían en locales madrileños como el restaurante vasco Or Kompón, la sala de la Ballena Alegre o en las copas de Bakanik, en este último coincidieron Federico y José Antonio, así, ambos conocidos por el nombre de pila.

Luego, por desgracia, se polarizarían las posturas. A José Antonio le mataban en la calle a los adolescentes que voceaban el periódico de Falange. Después, La Pasionaria amenazaría de muerte a Calvo Sotelo en el mismo Parlamento, sin rubor ninguno y cumpliéndose después la amenaza. Para entonces José Antonio ya estaba en la cárcel, muchos meses antes de que estallara la guerra abierta. Él ya no saldría de prisión sino como un cadáver que sería echado en una fosa común del cementerio de Alicante, tras ser fusilado en un remedo de juicio. Con Lorca, ya muerto también, no podría tomar otro whisky en Bakanik.

Pero los huesos del líder falangista no encontrarían reposo hasta después de terminada la Guerra Civil. Dos traslados más de sus restos, hasta encontrar una sepultura en el Valle de los Caídos, enterramiento de muertos en ambos bandos, aunque él no combatió, fue asesinado, como tantos españoles, en una de las dos retaguardias.

El actual Gobierno de España, con una coartada más para distraer a la opinión pública de los temas importantes sin resolver, quiere de nuevo mover el cadáver del

que sus antepasados políticos mataron. La familia Primo de Rivera ha pedido permiso para su traslado en la intimidad, con un comunicado que muestra su sentido común, elegancia y cordura en esta España de descerebrados que nos ha tocado soportar.

Ni la sordidez del primer indigno entierro en Alicante, ni la parafernalia de himnos, antorchas y uniformes del traslado al Escorial a hombros de los falangistas cruzando España a pie. Un discreto entierro para que el joven abogado, que quiso que la suya fuese la última sangre española derramada en discordias civiles, descansa por fin en paz. Ojalá pueda tomarse esa copa tranquilamente con Federico en el bar de la Eternidad.

7

Archivos familiares

Antonio Brea para Diario de Sevilla

Casi dos siglos han transcurrido desde que Edgar Allan Poe creara, en *Los crímenes de la calle Morgue*, el personaje de Auguste Dupin, arquetipo del detective, posteriormente imitado, de múltiples maneras, por una extensa legión de autores. Describe Poe a Dupin como un joven distinguido, sumido en una pobreza coyuntural que no le impedía mantener su afición por los libros. De esta inclinación por el saber, derivan en buena medida sus facultades para el análisis y la investigación, premisas de la resolución de casos misteriosos.

De todos los sucesores de Dupin, fue probablemente Sherlock Holmes en el que más exacerbada estaba esa predisposición natural a la deducción. Entre los rasgos llamativos del producto de la imaginación de Arthur Conan Doyle, podemos destacar el de su oportunista resurrección. Tras habernos relatado el deceso de Holmes, en un enfrentamiento con Moriarty, su inventor se vio obligado a pergeñar una inverosímil explicación para revivirlo, dando así satisfacción a editores y público

En realidad, las reflexiones bibliófilas sobre la labor de estos ficticios enemigos del crimen, son una excusa para exponer los paralelismos de aquella con el trabajo de esos sabuesos académicos que son los historiadores, a través de una anécdota que puede servir como botón de muestra de las dificultades que plantea la investigación, en el campo concreto de la Edad Contemporánea.

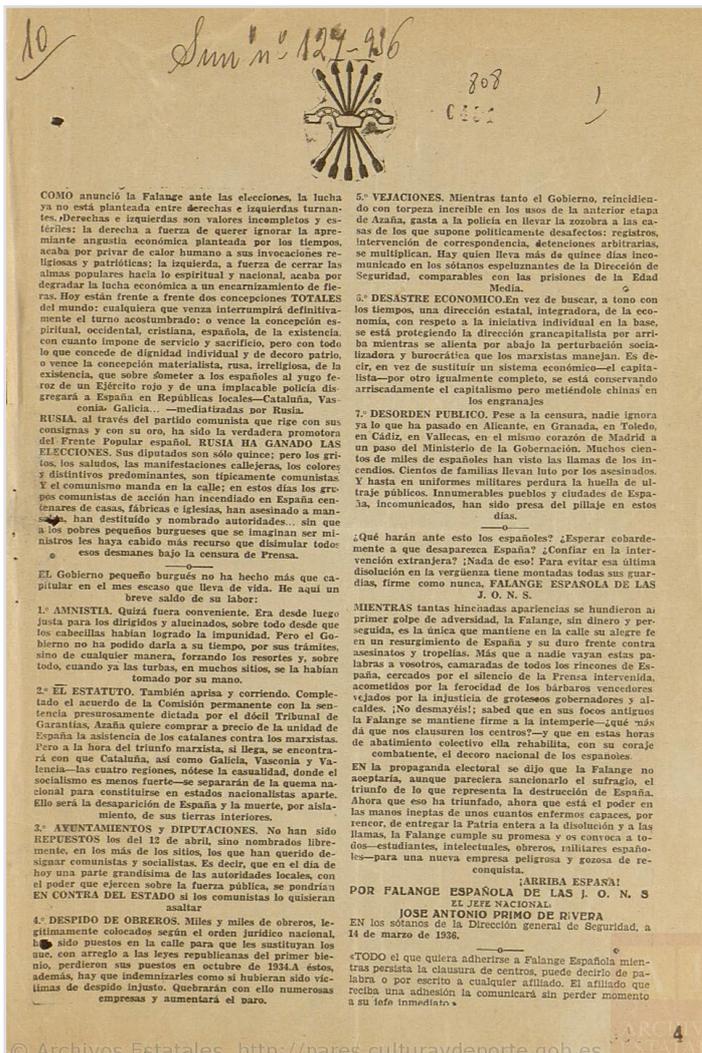
Hace tiempo, mi compañero de profesión docente y prolífico historiador local, Álvaro Pastor Torres, me hizo llegar un documento, procedente de un archivo familiar,

cuya aparición sirvió para poner en evidencia el desafío que supone la reconstrucción del pasado.

Se trataba de una hoja, muy deteriorada por el paso de los años, que otorgaba soporte a un antiguo manifiesto, en el que un político prisionero por una artificiosa acusación de tenencia ilícita de armas se dirigía a sus seguidores. Atrevimiento que le costó ser encausado, además, por un delito adicional. De su cruel destino final, debemos recordar que terminó siendo fusilado, tras la inmisericorde pena capital aplicada por los antecesores de quienes, hoy día, promueven una humillación post mortem, en forma de extemporánea exhumación.

Remitida copia del envejecido papel al compilador de la última versión de sus *Obras completas*, aquél apreció que, si bien por su aspecto podría haber sido impreso en aquellos momentos, presentaba sin embargo ligeras diferencias con el ejemplar que se conserva en el Archivo Histórico Nacional. El pie de imprenta, contenido en el folio que me envió mi viejo amigo Álvaro, estaba ausente, en cambio, en los panfletos que se difundieron originalmente, tal y como se atestigua en el sumario del proceso por publicación clandestina.

Alcanzado este punto, cabe preguntarse en qué instante y para qué, se reprodujo nuevamente el texto inicial, dotándolo de pie de imprenta. Una fascinante incógnita para los especialistas interesados en la materia y para la que no vendría mal la ayuda de un Holmes o un Dupin.



No hay memoria histórica para José Antonio Primo de Rivera

Javier Castro-Villacañas para El Español

En España existe una víctima de la Guerra Civil que no goza del derecho a descansar en paz. Padeció, como tantos otros, una muerte injusta. Pero para él no son de aplicación las leyes de reparación, ni se respeta su dignidad de damnificado.

Fue ejecutado después de una farsa judicial, pero nadie tramitará la anulación de su condena. Algunos, incluso, le volverían a fusilar si pudieran. Otros lo siguen haciendo a su manera, ya sin balas, mancillando su nombre y tergiversando su semblanza. Muy pocos se acuerdan de él.

El sábado pasado, Santiago Abascal, en un mitin de Vox, tuvo la valentía de recordar su figura. Es extraño que ningún historiador o intelectual salga públicamente a defender la dignidad de sus restos o el interés histórico de su biografía. Da la impresión de que no importase a nadie.

Al contrario de lo que sucedió en otras épocas, hoy sus seguidores no son relevantes y la voluntad de sus herederos conocida ayer ("realizar la exhumación de sus restos en la más estricta intimidad") debe de ser respetada para no ser "objeto de más humillaciones", algo que con razón ellos denuncian.

Queda claro que, a todas luces, es un maldito.

Por no tener, no tiene escritos ni sus apellidos en la lápida debajo de la cual todavía yacen sus restos (una tumba a ras del suelo en la basílica del Valle de los Caídos) Únicamente una cruz y su nombre: José Antonio.

Por no figurar no está grabada ninguna referencia vital del difunto: murió a los 33 años (1903-1936). Ni las circunstancias trágicas de su fallecimiento: fusilado en la cárcel de Alicante tras el "enterado" dado por el Gobierno del Frente Popular (cuyo presidente era el líder socialista Francisco Largo Caballero).

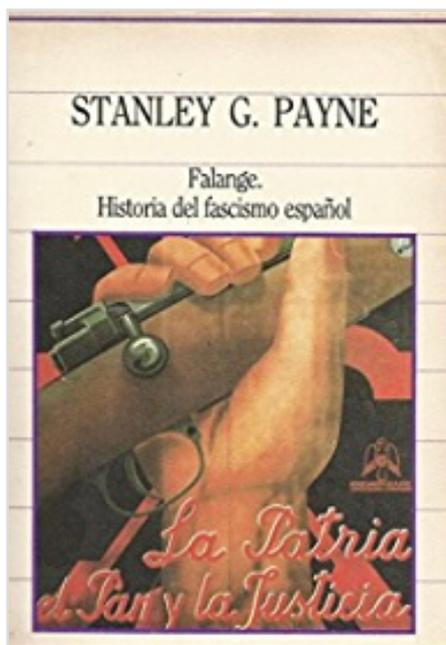
Ni exaltación, ni memoria histórica, ni referencia alguna personal o política sobre su sepultura. Nada de nada. Tampoco un RIP (*requiescat in pace*) o su DEP castellanizado (descanse en paz), que no harían sino mentir sobre el destino de unos huesos que, 86 años después de su defunción, no han reposado nunca con tranquilidad.

Como señala su familia en su comunicado, "su nuevo enterramiento sería el quinto de su mal llamado eterno descanso".

En realidad, la trascendencia de su figura debería quedar reducida a la controversia propia entre historiadores. Y en torno a ella se ha escrito de todo. Es la libertad de investigación histórica y hay que esperar que, a pesar de la aprobación de nuevas leyes totalitarias, siga existiendo.

Yo me acojo a la tesis expuesta por Stanley Payne según la cual se puede explicar perfectamente la II República y el estallido de la Guerra Civil sin mencionar en ningún momento a José Antonio Primo de Rivera ni a su partido. Tanto la persona como su movimiento no intervienen decisivamente en ninguno de los acontecimientos históricos que derivan en el 18 de julio de 1936.

Eso sí. No se podría entender lo que sucedió en España a partir de esa fecha si no se explica la trascendencia de lo que ocurrió el 29 de octubre de 1933, en el Teatro de la Comedia de Madrid, cuando José Antonio Primo de Rivera fundó Falange Española.



La falta de una auténtica voluntad de reconciliación convertía hoy los despojos de José Antonio en los invitados silentes al aquelarre mortuorio que Pedro Sánchez quería officiar durante los próximos meses con la intención de obtener una ventaja electoral. Torpe además de equivocado. Todos los pronósticos apuntan a que ocurrirá todo lo contrario. Y gracias al adelanto anunciado por la familia, se evitarán nuevas vejaciones.

La nueva Ley de Memoria Democrática aprobada el pasado miércoles en el Senado establece que para "dignificar" y "democratizar" el Valle de los Caídos se debe "reasignar" el lugar que ocupan los restos mortales de José Antonio.

Es curiosa la terminología utilizada. Reasignación de los restos de una víctima que, a fin de cuentas, consiste en remover los restos de un asesinado por decisión de los herederos del partido político que lo ejecutó.

El Gobierno no cesa de repetir que el objetivo de la nueva ley es honrar a las víctimas de la Guerra Civil. Pero en realidad lo que se iba a perpetrar era el ultraje a una de ellas. Una víctima que no fue responsable de la contienda (llevaba preso en la cárcel desde marzo de 1936) y que en agosto de 1936 intentó conseguir desde la prisión de Alicante, proponiéndose él como mediador, un cese de hostilidades y la creación de un Gobierno de unidad nacional.

Y, lo más relevante de esta tragedia. Que dejó escrito un testamento un día antes de ser fusilado que, en su totalidad, supone la plasmación más auténtica de una

verdadera voluntad de reconciliación nacional: "Ojalá sea la mía la última sangre española vertida en discordias civiles".

Este anhelo se adelantó dos años al deseo manifestado por el que fuera último presidente de la República española, Manuel Azaña, para todos los españoles: "Paz, piedad, perdón".

Hoy, aunque parezca mentira, siguen haciendo falta las tres demandas de aquella pretensión. Y, en nuestro caso concreto, la paz definitiva para José Antonio.

9

La exhumación de José Antonio y sus responsables

Luis Felipe Utrera-Molina para El Debate

La decisión de la familia Primo de Rivera de solicitar la exhumación de los restos de José Antonio al abad de la abadía de la Santa Cruz del Valle de los Caídos antes de que el Gobierno decidiese profanar su sepulcro al amparo de la recién aprobada Ley de Memoria Democrática, debe entenderse, entre otras cosas, a la luz de lo que ha sido el proceder de las distintas instituciones en el único precedente existente en nuestro derecho, que es el proceso de exhumación –más bien profanación– de los restos del que fuera jefe del Estado español Francisco Franco Bahamonde.

En primer lugar, y más importante, la actuación de la jerarquía de la Iglesia Católica, que, en lugar de hacer valer el principio de inviolabilidad de los lugares sagrados consagrados en el artículo 1.5 de los acuerdos Iglesia Estado de 1979 –los agentes del Estado no podían penetrar en los lugares sagrados sin autorización de la autoridad eclesiástica–, permitió la profanación del sepulcro de Francisco Franco, no sólo en contra de la voluntad de su familia –a la que negó el amparo solicitado– sino también de la máxima autoridad en la basílica de la Santa Cruz que denegó la autorización solicitada por el Gobierno, cumpliendo hasta el final su encomienda de custodiar los restos, firmada por el Rey de España el 22 de noviembre de 1975.

La segunda, la del Tribunal Supremo que, en una sentencia verdaderamente sonrojante para cualquier estudiante de primero de Derecho, validó una actuación gubernamental que violaba el propio Real Decreto Ley 10/2018 –cuya palmaria inconstitucionalidad, por falta absoluta del presupuesto habilitante, jamás fue cuestionada, ni siquiera por el Grupo Popular en el Congreso–, al vulnerar el derecho de la familia a decidir el destino de los restos de su abuelo, sobre la base de un ridículo informe de la Delegación del Gobierno en Madrid alegando razones de seguridad nacional para evitar la inhumación de los restos en la cripta de la Almudena. Sentencia

que, por cierto, fue ratificada por el Tribunal Constitucional en el plazo récord de siete días que permitió al Gobierno cumplir con su macabro calendario. Con dicho precedente, difícilmente podría la familia Primo de Rivera esperar que se respetase su derecho a decidir el lugar de inhumación, si al Gobierno le basta el informe de su delegado para burlar la voluntad de los familiares del finado.

La tercera, y más reciente, la de la Comunidad de Madrid, que ha eludido inexplicablemente su responsabilidad en la protección del patrimonio histórico de Madrid al no incoar el expediente de declaración de Bien de Interés Cultural del Valle de los Caídos, alegando carecer de competencias para ello por «tratarse de un bien de



Patrimonio Nacional», cuando resulta evidente que se trata de un bien propiedad de la Fundación de la Santa Cruz del Valle de los Caídos, cuya administración está conferida a Patrimonio Nacional, pero que no está integrado en el Patrimonio Nacional. Ello implica que no concurre el presupuesto establecido en el artículo 6 b) de la Ley de Patrimonio Histórico Español para entender que corresponda al Estado la competencia

para la declaración de dicho lugar como Bien de Interés Cultural y que, por el contrario, la competencia está atribuida a la Comunidad de Madrid por virtud del artículo 148.1.16 de la Constitución, el artículo 26.1.19 del Estatuto de Autonomía y la Ley 3/2013 de Patrimonio Histórico de la Comunidad de Madrid.

Es importante señalar que el sólo acuerdo de incoación del expediente solicitado por diversas asociaciones, habría dotado al conjunto monumental una protección integral que hubiera impedido la alteración del mismo sin la autorización de la Comunidad de Madrid. Pero ha podido más el temor a ser señalada como el sambenito de «fascista» que el cumplimiento de la legalidad vigente.

En definitiva, con estos antecedentes y ante el desamparo por parte de la jerarquía de la Iglesia Católica y del resto de las instituciones antes mencionadas, parecía difícilmente exigible a la familia Primo de Rivera una mínima confianza en las posibilidades legales que cualquier Estado de derecho concede a sus ciudadanos ante una actuación arbitraria y abiertamente inconstitucional de los poderes públicos.

Dejar que el Gobierno utilizase los restos de José Antonio, asesinado por el Frente Popular a la edad de 33 años, como una nueva arma de división entre los españoles hubiese sido difícilmente explicable y, desde luego, poco coherente con la

voluntad de concordia manifestada por el propio José Antonio en su extraordinario testamento ológrafo redactado horas antes de su fusilamiento.

Con todo, la exhumación de los restos de José Antonio, de producirse, será un nuevo baldón de ignominia para la historia de España, que debe atribuirse, no sólo al Gobierno que la ha forzado, sino a quienes, teniendo el deber moral y legal de impedirla, han preferido mirar para otro lado con manifiesta cobardía, para evitar ser señalados por quienes no tienen otra bandera que la del odio y la mentira.

10

José Antonio: el “fervoroso afán de España”

Fernando García de Cortazar para ABC

Aquella España de los años republicanos puso en la historia una actitud patriótica que superaba los esquemas inútiles del nacionalismo. La enfermedad que asoló el continente europeo en los años de entreguerras se presentó en las mejores plumas y en los mejores ejemplos vitales de nuestro país como un supremo esfuerzo por devolver España a un destino abatido bajo los escombros de la decadencia política y el desarme moral.

Recuperar una nación que había sido la comunidad más precoz del Occidente moderno no era un ejercicio de vana melancolía ni de turbios manejos reaccionarios. Aunque estos no dejaran de asomar en el egoísmo social de algunos y en la parálisis ideológica de otros, aquel afán de regeneración procedió del desprendimiento, de una extrema sensibilidad por la justicia, de un respeto por la persona, y de un apego a la tradición en la que no descansaba el pasado inmóvil. En ella se encontraban valores permanentes, indicadores culturales de nuestro significado, material indispensable para hacer frente a la inmensa crisis que asoló la civilización desde la Gran Guerra.

Teatro de la Comedia

El 29 de octubre de 1933, José Antonio Primo de Rivera se dirigió a un público curioso y atento en el Teatro de la Comedia de Madrid. Aquel «acto de afirmación españolista» permitió descubrir a un hombre de poderosa honradez, de brío expositivo, de elegancia clásica y voluntad regeneradora. En la literatura política de aquella crisis nacional, es difícil encontrar, en un estilo poético que escapó siempre a la impostación y la cursilería, una posibilidad tan clara de lograr la síntesis entre tradición y futuro, entre repudio al resentimiento de clase y exigencia de justicia social, entre crítica a la corrupción del liberalismo y propuesta de una auténtica representación popular.

Aquella no era la voz del conformismo ni la del títere sin alma de los privilegiados. Aquella era la voz de un hombre entero, de un español que acababa de entrar en la madurez y que afrontaba sin falsa modestia y sin jactancia la responsabilidad de una movilización nacional. Sus reproches a la insensibilidad social de las clases dirigentes fueron atroces, y no lo fueron menos sus ataques a la falta de sensibilidad patriótica de quienes con su egoísmo estaban conduciendo a la disolución de España. No era, desde luego, el heraldo del inmovilismo quien hablaba aquella tarde de otoño en Madrid, pero tampoco de los que pensaban que la historia era un pasado al que podía renunciarse.

La violencia extrema de una época y las tentaciones totalitarias que envilecieron la ruta de Occidente en aquellos años fueron anulando el inmenso potencial de aquella postura. José Antonio fue gestor y víctima de una radicalización que empezó por negarle a él mismo la calidad de su conducta personal y el vigor popular de sus propuestas. Por fortuna, sus palabras siguen ahí, aunque fueran manoseadas y desvirtuadas por quienes se rieron de él desde el principio, para convertirlo después en un mito cuya ejemplaridad se empeñaron en desactivar.



Y ese mensaje de denuncia, de echar en cara a sus compatriotas su carencia de sentido de servicio y el desdén ante la misión universal de los más profundos valores de España, conmueve aún a quien lo lea sin prejuicio, lamentando que tan alta visión fuera cautiva de la pugna estéril y el conflicto inútil que tendió el cuerpo de nuestra nación en la mesa de operaciones de una trágica guerra civil.

Cuando llegó el momento de afrontar su responsabilidad ante el drama de 1936, aquel hombre que iba a morir suplicó a Dios que su sangre fuera la última en verterse en querellas de este tipo. Ante el tribunal popular dijo que habría sido posible encontrar las vías de entendimiento para la convivencia de los ciudadanos de una gran nación. No había ingenuidad ni oportunismo en aquel testimonio, sino la conciencia de un fracaso personal, de un fin de ciclo colectivo, que echaba por tierra las ilusiones de toda una generación.

Cuando quedaba esperanza

Pero, tres años antes de esa noche de angustia en la cárcel de Alicante, tres años antes de esa víspera de espanto, de amargura por el sacrificio en masa de los

españoles, José Antonio estaba lleno de esperanza: «queremos menos palabrería liberal y más respeto a los derechos del hombre. Porque solo se respeta la libertad del hombre cuando se le estima, como nosotros lo estimamos, portador de valores eternos». Estaba lleno de impaciencia: «Cuando nosotros, los hombres de nuestra generación, abrimos los ojos, nos encontramos con un mundo en ruina moral». Estaba lleno de protesta ante la injusticia: «Hemos tenido que llorar en el fondo de nuestra alma cuando recorríamos los pueblos de esta España maravillosa».

Estaba lleno de orgullo por la dignidad última de los humildes y explotados: «Teníamos que pensar de todo este pueblo lo que él mismo cantaba del Cid al verle errar por los campos de Castilla, desterrado de Burgos: ¡Dios, qué buen vasallo si oviera buen señor!».

Estaba, sobre todo, lleno de ilusión ante la posibilidad de rectificación que se invocaba, ante el llamamiento a la unidad de los españoles honestos, de la nación capaz de restaurarse, de la patria con fuerza para incorporarse a un futuro de convivencia y de progreso: «Yo creo que está alzada la bandera. Que sigan los demás con sus festines. Nosotros, fuera, en la vigilancia tensa, fervorosa y segura, ya presentimos el amanecer en la alegría de nuestras entrañas».

No iba a ser la suya la última sangre que se derramara en una contienda civil. Pero sí iban a ser sus palabras, rescatadas del sumidero del oportunismo y de la lacra de la deformación, las que podemos leer como un ejemplo más de aquel «fervoroso afán de España». Una voz entre tantas, que alzaron la que debía haber sido una sola bandera: la de la justicia, la libertad, la afirmación nacional, el impulso por construir un destino común.

Dentro de la libertad de expresión, la Gaceta de la Fundación José Antonio no limita los contenidos de sus colaboradores, siendo responsables de lo publicado los correspondientes autores. Para cualquier comunicación sobre este boletín o para recibirlo periódicamente en su buzón puede dirigirse a fundacionjoseantonio@gmail.com